Daniel Calabrese

Compás de espera



Alción Editora

Un libro sobre Malvinas que Daniel Calabrese titula con una referencia a la música: *Compás de espera*, el tiempo del compás suspendido en silencio unos segundos a la espera del próximo. Sin embargo, aquí podría durar toda una vida. Y la experiencia es doble: la espera del soldado por entrar al campo de batalla y la espera de la escritura del libro donde "la guerra es otro género literario".

La sutileza para resolver cuestiones poéticas, la composición de un verso nítido y certero como un dardo, la puesta en escena de situaciones íntimas y despiadadas con un lenguaje inteligente -por momentos irónico-, el dominio de un soliloquio cuyo límite inexistente comprende la vida misma, y la constante reflexión sobre lo escrito (*mise en abyme*: un poema dice que *Compás de espera* se está escribiendo), son instancias que revelan en Calabrese un poeta lúcido, consciente de lo que las palabras pueden ofrecerle, que nunca es todo.

La espera es el tiempo sagrado, expuesto a la inminencia. Quizás, bajo esa lucidez inquebrantable, *Compás de espera* no tenga fin: "Este es un libro que no termina", reza un verso. Sin patetismo, con precisión, poco amigo de la ambigüedad, es uno de los libros sobre la guerra menos autocomplacientes y más humildes en el instante de enfrentarse con el dolor.

Enrique Foffani

Alción Editora

Calabrese, Daniel

Compás de espera - 1ª edición - Córdoba: Alción Editora, 2022.
120 p.; 14.5 x 20.5 cm.

ISBN : 978-987-646-974-6

1. Poesía argentina 1. II. Título
CDD A861

Compás de espera

Alción Editora
dirección
Juan Carlos Maldonado

© Daniel Calabrese, 2022

© Alción Editora, 2022
Belgrano esq. O'Higgins - Anisacate
5189 - Córdoba - República Argentina
Tel. (03547) 494858

www.alcioneditora.com.ar

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

Hecho el depósito que marca la ley 11723
I.S.B.N.: 978-987-646-974-6

Daniel Calabrese

Compás de espera

a los 649 †
a los 255 †
a los 3 †

Nota

Este es un libro basado
ligeramente en mi biografía.

Un manual de instrucciones
que no resuelve problemas.

Un libro que no termina.

La vida no alcanza con una sola vida.

Proemio

Río de cuchillos

a Raúl Zurita

Te voy a contar una historia, amigo mío:
hace muchos años, en los años del óxido,
me enseñaron a odiar tus países.
O me pareció.

Yo no sabía qué clase de amor era el odio.

La herrumbre del puerto cegaba tus ojos,
ahí donde se enredan los ríos chilenos
con los barcos sudamericanos.

Los milicos argentinos traían
cuchillos muertos, de esos que nadan
en el plasma oscuro de las arterias
como peces desafilados.

El que no corre es un río,
pensé que decían en las llanuras tediosas.
O me pareció.

Y me molían a patadas por culpa de tus países.
Sentí asco, te digo, alguna especie de asco.

Vos escribías como los ríos
que bajan de la cordillera a los saltos
y se llevan de a poco el color de los cerros.

Los milicos chilenos venían
con sobredosis de una tierra confusa
porque esas montañas se mueven, amigo,
y la gente presiente que moverse
es una tradición del agua.

Entonces los ríos, el idioma
de la tierra cuando le habla al mar,
empezaron a correr por nuestras venas.
Eran ríos circulares y rojos
como las fronteras de dos países
que giran y se friccionan,
heridas con la forma de Chile,
manchas de humedad que parecen islas
en un mapa argentino.

Corrían y corrían los sedimentos
de aquella memoria que arde
y nos quema la piel
si adoptamos la forma de los poderosos.

Solamente esos ríos pueden correr
sin que los persiga una milicia de sombras.
Los animales creen que son demonios,

ellos también tienen la costumbre
de pisarte los talones.

Te digo que nadie nos quería
y el desamor, amigo mío,
hace desaguar a los ríos en cualquier parte.

Ojalá nos persigan animales y sombras
antes que esos demonios.

En los torrentes de sangre
nadie se atreve a nadar
por miedo a la mordedura de un pez oxidado
o a que te rocen esos cuchillos.
Pero no falta el que cierra los ojos y se mete,
y los demás repiten y repiten.
Hasta pueden resultarles dulces,
fáciles de flotar, gelatinosos,
tibios, como los perros amarillos de la calle
que siempre miran hacia atrás
a ver si los persigue un país de milicos
o dos.

Vamos, que si te odian los odiados
no es amor, es matemática.
Y rezamos para que no se repita.

Los milicos me enseñaron a odiar tus países.
Por suerte no aprendí.
Y eso que muy pocas veces tuve suerte rezando.

I

Herramientas de búsqueda

Un metro de nieve

Las islas eran como dos manchas de humedad
y yo aquel chico recién salido de la escuela.

Me dieron un fusil viejo
que tiraba hacia cualquier parte.
Enemigos hay en todos lados, decía
el teniente burlándose de mi puntería.
Siempre iba a dar en el blanco.

En la sombra de la espalda me colgaron
un aparato de radio
más pesado que el primero de los cuerpos.

El frío me sacaba las manos del campo sensorial.
Yo tenía por entonces algunas
pobres referencias acerca de la nieve:
no la conocía en los poemas de William Carlos Williams,
menos en los de Artur Lundkvist.

Aquella mañana
había que salir de las carpas
y meterse en los camiones,
y salir de los camiones y meterse en un avión,
y salir del avión y meterse en las trincheras,

y salir de las trincheras
pero un metro de nieve lo impidió.

Aquella mañana desperté adentro
del blanco del ojo,
donde pasaba un río de ladrones
como un rayo ciego apoderándose de todo.

Desperté adentro de la luz
que se devoraba los puentes, las carpas,
los camiones, el avión,
la interpretación de los diferentes,
la teoría del desarrollo moral,
las trincheras.

Crucé el río de ladrones
y desperté en la otra orilla, una orilla
donde nadie se ahoga porque la nada
es un lugar donde no respiran ni los vivos.

Las islas eran como dos manchas
que nunca me dejaron ver.

El blanco

De todos los cielos que atravesé
me quedo con el blanco
porque ahí fondo y figura son lo mismo.
Requisitos de un buen cielo:
eso que sucede
cuando uno se muere pegado a una luz
cuando uno se muere de amor
cuando uno se muere.

Sobre el blanco de la nieve
el blanco del ojo es un relámpago,
un recuerdo que cruza por la mente
a la velocidad de un balazo.

Dar en el blanco.
Dar en la nieve.
Dar en el ojo.

Ahora viajo encorvado en el asiento
lateral de un camión y mi frente
apoyada en la ventana
deja una nube borrosa.

Las piedras parecen un mar
que no se mueve.

El rostro de ella una imagen
que no se mueve.

El blanco, visto así,
es una promesa.

Y tampoco se cumple.

Algoritmo recursivo

Las voces de la mente no vinieron a quedarse.
Lo sé.
Están a punto de irse.
Las atropella esta escritura y las voces
revientan como un ejército de ríos asustados
por una descarga de metralla.

No las escucho más.
Dicen que la guerra nos rodea con sus muertos,
sus heridos, sus cansados,
y se ponen a imitar el sonido de los bosques
cuando estos demonios los incendian.

Las voces están solas,
no pueden volver para matarme.
Una mañana oscura las ignoré
oculto bajo la línea curva del tiempo
y apenas salieron todos los soles
me puse a correr.

Me perseguían muchas sombras.
No sabía cuál era la mía.

Después me acostumbré.
Eran copias de mi propia muerte
en un modelo fractal hacia el infinito.
Solo había que dejarlas pasar.

Las voces y las sombras me atraviesan
como lenguas secas.
Pasan y pasan,
se desvanecen entre el frío y el miedo.

Ni siquiera fue necesario temblar.

Río de ladrones

Cuando me pregunten por el Sur
les diré que está allá abajo.
Así son los mapas de cualquier país
atravesado amablemente por el agua,
donde flotan o se hunden líquidos oscuros,
latas rojas de aluminio, animales muertos,
gritos de venganza, bolsas plásticas,
antiguos conjuros de amor
y todas esas vendas sucias.

Abajo está el Sur, el aire frío,
las botas mojadas
y algunas emociones intensas
que todavía se arrastran.

Meterse con los ojos abiertos en este paisaje
significa no cerrarlos nunca más.

Cuando me pregunten por el Sur
diré que está en la parte baja de los mapas.
Si cada inglés es una isla,
como dicen que dijo Novalis,
aquí abajo somos la inevitable deriva
tan cerca, siempre,
del abismo.

El tipo deshidratado

Esto podría ser la guerra,
decía un soldado chico
parecido a un niño que tiene sed.
Un tipo feo, que meaba con olor fuerte,
alguien que jamás tendrá una biografía.
No tomar agua podría ser la guerra.
No tener miedo podría ser la guerra.

No, así no es.
Esa es la parte de afuera, el alrededor,
una guerra verdadera empieza en la cabeza
y termina cuando la lengua seca
se ahoga como una piedra.

Y aquí, en las fronteras,
la vida es imprecisa.
La muerte no.

Tierra menguante

Esto podría ser ser una isla.
Nadie sabe adónde estamos.
No existe el agua ni la temperatura.

Me ordenaron esperar y espero
a que salga la tierra del horizonte
para imaginar que vas allí.

Pasa la tierra, me ilumina.
El perro le ladra con una voz humana.
Se escucha el ruido de una guerra a lo lejos,
demasiado lejos, nadie sabe dónde.

Esto no es la vida, ni siquiera la muerte.

La tierra atraviesa la noche,
su paso es irregular.
Da pequeños giros inesperados
como un caballo de ajedrez
y sigo imaginando que vas allí,
que me han herido, que los cuerpos
apilados podrían sofocar
el sonido de todas las guerras.
Mientras, espero otra orden:
la orden de regresar.

Al miedo lo crearon después
que a nuestra vida, tal vez
para ajustar algunas ideas superiores.

Pero antes fue la tierra azul.
Basta un solo pensamiento para darnos cuenta
que es enorme y despareja
como un tumor que se mueve por el cielo.

Y esto no es la vida, ni siquiera la muerte.

Cuenta regresiva

El teniente usaba una manopla de bronce.
Presumía de haber matado a golpes
unos cuantos prisioneros.

Usaba un bigote de caballo asustado,
le costaba tener fe y creía
en la obediencia por castigo.

Sus ojos de caballo, como dos aceitunas.

Aunque tienen razonamientos
de aceptación o desviación de la norma,
los caballos no matan:
son irreductibles.

El teniente lo ignora
pero representa algo en este mundo
que sí se puede dividir.

Aunque resulte difícil de explicar.

Ladridos

Un perro ladra con voz humana.
Se lo escucha pasar entre las sombras,
es un vigía de metal
que se esconde de la luna.

Ladra hasta destapar la noche
como si fuera una de esas latas rojas de aluminio,
llena de líquidos oscuros
que tarde o temprano, vacía y aplastada,
llegará hasta las mismas puertas del mar.

No puedo soñar con esferas cuadradas,
filosas como la suerte, ni echarme a llorar
por esos cráneos enterrados en la arena,
desmemoriados, ciegos,
cajas de resonancia que en un tiempo
se llenaron de otros seres que a su vez
estaban llenos de sueños.
Cuando digo 'cráneo' me surgen
palabras como 'golpe', 'ladrillo',
'taladro', 'casa sin terminar'.

Ahora ladra un perro de metal
que tiene la voz humana.

Nos asusta, dispara esos ladridos
que perforan la carpa de la noche
y no son más que intermitencias
entre cada esperanza, cada estrella
que se mete por los agujeros.

Allá a lo lejos

a Jorge Boccanera

El sol me golpea y siento que pasa
la calle dura bajo mis pies
a toda prisa.

No comprendo si soy el indeciso
que avanza y camina
o la sombra misma que va pegada al animal,
ese tractor que me arrastra como a una pesada
capa mojada por la lluvia.

Este animal en el que voy metido,
en sus ratos libres escribe poemas
y después dice: soñé.

La negación de la luz me persigue
a todas partes, con su materia
blanca, roja, húmeda, porosa
y deficiente que la acompaña.

Este animal me lleva por el mundo
haciendo lo que sabe.
Ve a otros animales
que se despedazan entre ellos.

Se acerca a comprobar si el río ha muerto:
aún se mueve, entonces
bebe un poco de agua.

Esa tarde conocí a uno que tallaba letreros
en madera de ciprés.
Se lo veía cansado,
es el polvo de las obras, dijo,
que me viene comiendo los pulmones desde chico.

La tristeza puede ser eterna
para el que aprende a conocer a los demás.

Escuchando canciones italianas
recordé a mi madre a la salida del cine:
habíamos llorado, habíamos reído
y uno piensa que momentos como ese
mueven a los ríos y detienen
las guerras para siempre.

Un día el animal entiende que esa helada
bajo la que durmió cuando era un cachorro
en las estepas del Sur
quedó encerrada adentro de sus huesos.
Siente que las imágenes
empiezan a saltar el control de su mirada.

Es hora de organizar la resistencia.
Sabe que la guerra tendrá siempre
el mismo resultado:
ganará la muerte, quién más.

Y en medio de tanto manoseo,
aunque no lo parezca,
hasta desesperarse puede ser un alivio.

Este animal en el que voy metido
a veces se queda mirando
y no me doy cuenta bien qué cosa ve.
Pero es algo lejano, muy lejano.

Este animal que en sus ratos libres
escribe poemas y después dice: soñé.

Cualquiera te desconoce en una calle oscura

Después de beber un líquido negro
y salir de aquella guerra blanca
donde no disparé ni un solo tiro,
me asomé.

Los muertos regresan.
Yo apenas me asomé, es algo muy distinto,
y aterricé en tu cuerpo
con la torpeza de los aviones Hércules.

Desde el centro de esta vida,
no sé si por el frío o por los nervios,
tu órbita me parecía inalcanzable.

Es bueno recordar que movimiento
no siempre es vida
y que hace falta un poco más:
una enfermedad, una carcajada,
un rito, ocuparse, por ejemplo,
de la presencia humana
y de la ausencia de Dios.

Cualquiera te desconoce ahora
en una calle oscura
frente a espejos mal iluminados

cuando tu imagen roza el cristal
con su nariz helada.
Aunque tus pupilas se dilaten y revelen
el paisaje amado sobre el fondo de tus sueños,
apuesto a que te reconocerías.

Vamos, la guerra
consume demasiados hombres.

Vamos, la historia
tiene muchas definiciones
para cosas como la nada,
la realidad, la mente.

Vamos, querida.
Ahora que por fin me asomé.

Profundo y espurio

Salvo que el tiempo arregle todas las cosas,
como dicen por ahí,
en estas alfombras de mugre
donde cabalgan los malnacidos
y el pasto crece cada vez más duro y amarillo,
salvo que el tiempo arregle las cosas,
insisto,
por el momento soy un desacierto,
un tiro sinuoso de mi fusil torcido,
un bastardo,
apenas uno de los errores del dios.

De los más pequeños, eso sí.

Los números de la suerte

I guess i'll always be/ a soldier of fortune.

Ustedes, ellos,
dicen que el silencio es la muerte.
El silencio no es más
que otra forma de violencia.

650 se callaron para oír una tormenta.

Ustedes son primer relevo, nos dijeron.
Entran en combate apenas regresen
los muertos, los heridos y los cansados.
En ese orden.

Un chico en el refugio
cantaba por las noches una balada en inglés,
con cuidado porque lo podían oír.
Eran tiempos convulsos, la música
nos libraba de pensar todo el día
en el sexo o en la muerte.

Apenas las palabras salían de su boca
se metían de inmediato en los oídos
sin derramar una sola nota.
Yo, que las vi en el aire, puedo asegurar
que tenían forma de números: 6, 5, 0.

Todavía puedo oír el sonido
de un molino de viento dando vueltas.
Supongo que siempre seré
un soldado del destino.

En realidad, los muertos fueron 649
y yo
que no sé nada de mí.

Paisaje sumergido

Yo nunca fui a las islas y las islas
nunca vinieron a mí.
El frío era blanco.
Allá quedaron algunas cosas de metal
que ahora se hunden como ese barco
donde todavía fuma el soldado Rodríguez,
que sigue haciendo guardia
y no sabe que está muerto.

Las islas nunca fueron a las islas.
Ahora viven en las cabezas frías,
son dos cráteres,
dos pedazos que le faltan al mapa,
separados por un río de ladrones.
Las islas nunca fueron a las islas
y los aviones, como cruces de metal,
cruzan y cruzan bajo la Cruz del Sur.

Quedé con demasiado invierno.
Quedé con un paisaje sumergido
en el agua fría de mis ojos
como si nevara lentamente,
como si los días congelados se hubieran
pegado unos con otros
hasta formar un bloque de tiempo

azul y blanco, igual que la sangre helada
cuando ya no corre más.

No queda nada aquí.
Si hubiera vivido diez siglos esperando,
sería un muerto de diez siglos.

He vivido diez siglos esperando
y soy un falso muerto.
Un olvidado.

Río de sombras

Hoy lunes por la mañana me puse
unos anteojos para ver en el vacío.

No se ve nada.
No se ve nada.
Soy una jaula transparente.

Si me sumergen en el mar,
los ejércitos del agua me atraviesan
como a un río de sombras.

Una vez entré en el fuego
y logré volver.
Después me extravié en el bosque,
una lluvia porfiada me acribilló
cuando apagaba los pastizales quemados
por esos demonios.

No se ve nada.
Si me hunden bajo el agua, otra vez,
podría reconocer a los barcos de fuego
por el siseo en la superficie mojada.

Me asomo y veo a las sombras divertidas
persiguiendo a esos demonios que corren

y esparcen sus luces amarillas
para incendiar los campos.

Con el humo no se puede ver nada
y el juego se torna sencillo: huyen
hasta que los alcanzan, se dan vuelta
y entonces huyen los otros.

Los dos horizontes

Vean ahora qué difícil es morir.

Uno, que nació en el borde de esta ruta,
de tanto escuchar motores
confiaba más en sus oídos
que en las luces.

Otro, que observaba los caballos
cuando pastan en la noche,
supo que sus ojos con bastones amarillos
son capaces de encontrar caminos
en la más negra oscuridad.

Uno y otro,
cada cual con su historia
más o menos compleja,
saben ahora qué difícil es morir.

No era el vacío, era el infinito.

No era la nada, era la eternidad.

Mi derecho a deambular

No hay diferencia entre amigos
y enemigos
cuando todos están muertos.
Muertos de frío, de sed,
atravesados por los ríos
como un mapa de provincia.

Una vez me dijeron: esto ya pasó,
porque todo sucede en el futuro,
la vida está adelante.
Ustedes son primer relevo, soldados,
y entran en combate apenas empiecen
a regresar los muertos.

No sabía que era condición de los muertos
el regreso.
Los traían en bolsas plásticas,
hinchados y con la lengua seca.
Supe que esas luces que me hablaban
eran ellos.
Váyanse, váyanse, les grité sin alzar la voz,
que si ustedes regresan nos enviarán al frente.
Pero se reían, no me duele, dijo uno,
tengo sed, tengo sed, repetía.

Este es un idiota, no sabe
que el primer trabajo de un muerto
es regresar, dijo el otro.
Y empezó a nevar, a nevar,
y no paró nunca de nevar.

Discutían sobre el color del cielo.
Yo lo veo gris.
No, no tiene ningún color.
Y se extraviaron.

La nieve era tan blanca como esa luz
que borra los soldados cuando
los atraviesa el futuro.

Mutación

Soy un hombre al que le falta la cabeza.
No es sencillo andar así,
aunque hay razones para perderla
y no hablo de discusiones inútiles sobre la historia
o de buscar una forma para que todos
vivan un poco más y mejor.
Una cabeza se pierde por amor.
Una cabeza se pierde en la guerra.

A mi espalda musculosa
la dejé flotando en las aguas de un canal
que pasaba o todavía pasa
por un pueblo humedecido.

Un canal, un pueblo,
todo es indeterminado
en los depósitos del tiempo.

Soy uno que de tanto meter los pies
en la hojarasca del bosque
también los extravió,
así como se pierde la sombra entre las piedras
cuando los soldados se acuestan a rezar.

Soy uno que metió las manos en la niebla
y no las vio nunca más.

Estoy despojado, no tengo cabeza ni espalda
ni manos ni pies.

Ahora me siento completamente un hombre.

Espera de abril

No se oye ningún ruido
pero les juro,
en medio de la tierra desolada
una bala está pasando sobre mi cabeza.

No se oye nada.

Si los ángeles tiemblan,
no se oye.
Si las paredes hablan,
no se oye.
Si la lluvia picotea un cráneo reluciente,
no se oye.

¿Estaremos muertos en este poema?

Muertos, es decir
¿libres de la muerte?

La tropa

Todos saben que los van a enterrar.
No saben cuándo y compran en vida
su tierra baldía o esos nichos
que semejan pequeñas viviendas sociales.

Los bordes de la noche son difusos,
nunca queda claro dónde empieza,
dónde termina.
No somos perfectos, somos la gente.

Ahora siento un dolor, apoyaron
algo caliente sobre mi espalda,
una taza de té, quizá el dorso de una mano
que me dejó la marca como si fuera un mueble.
Uno dijo: cuando pasen junto a las rocas de vidrio
deben tener cuidado con las rodillas
porque sangran.

Y no he podido dejar de caminar
en todas direcciones
como varios que conozco,
que si no caminan no piensan.

No somos perfectos, somos la gente.

Visita

No vine a la vida
solamente para esto.

A pesar de que amé y reí tanto
siempre
tuve miedo de mí mismo.

Todavía siento el peso
del arma fría
que me dio el ejército
para disparar contra la nada.

Y por amor dejé de ser
un idiota miserable.

Le disparé a la nada pero no acerté.

No vine a la vida
solamente para esto.

Quiero más.

II
Impracticable

Allá en lo alto

Miren hacia arriba.
La razón es una cuerda inútil
que nos ciñe la respiración.
La razón es una piedra colgando de las nubes.

Pasa un cóndor con su vuelo
lento y desgarbado.
Debe ser un viejo.
Le quedarán algunos círculos
antes de morir secretamente.
Arrastra la sombra pesada
por el fondo del valle
y cientos de metros más abajo
todavía hace temblar a algunas criaturas.

Nos observa desde lo alto:
somos un rebaño violento,
ninguna Tebas que salvar,
no hay ahora en esta tierra una sola
muralla digna para dar la vida.

Y el cóndor, me pregunto
cómo un comedor de carroña
puede llegar tan alto.

Una voz antigua me responde
como si viniera de un canto del *Inferno*:
tal vez nunca imaginaste un diablo pensador.

Hace tiempo que no veo sangre,
siglos que no mato una mosca.
Debería volver a la sed,
a los golpes imperfectos del hacha.
Pero no me agrada la especie,
nuestro rebaño ilustrado.

Que vean los oxidados
todas aquellas cosas que hay que ver,
lo que aprendimos en los barcos,
lo que pensamos con el rostro metido
en la niebla de esta sopa.
Aprendí a ensamblar un mortero de combate,
lo recuerdo muy bien: placa base,
bípode y cañón,
en menos de un minuto queda listo
para escupir al cielo.
Aprendí que el enemigo
no debería respirar dos veces.

Nadé al sol, pensé en ella.
Me hundí y me dejé llevar
por las amapolas del agua.

Debería volver a la sed.
Llevo un sonido secreto y no puedo evitar
que retumbe en mi cabeza:
es el perro tomando agua.

Ando al sol, oigo al perro de la casa.
Sueño debajo de la vieja noche
con el ruido del agua lamida por el perro.

El chapoteo se interrumpe con el paso de un tren
y luego continúa:
slap, slap,
el perro, la sed,
un reloj aplaudiendo el silencio.

Te vi llegar, eras tan turbia.
Te vi llegar.

Ahora pasa la sombra del cóndor,
el peso de la razón que todavía
lo mantiene atado a este mundo.

Silencio, bebedor.
Silencio.

Anticipación y recuerdo

Sentado junto a un muro de Westminster
recordé un lugar inhóspito del Sur,
cerca de un valle eterno
donde plantan manzanos y fermenta la sidra.

Enseguida, sobre el terraplén Victoria
recordé esta visión:
yo era un pequeño soldado, uno más
que marchaba con la escuadra.
El recluta Dalponte quería saber
a dónde nos llevaban.
Mientras caminaba con una mitad
del cuerpo metido en los sueños, le dije:
al sendero que pasa entre los álamos,
donde amontonan los troncos y vive
un gato inmenso, blanco y negro.

Esto fue cerca del golfo
donde las ballenas azotan el mar
cuando se aparean
y las rocas de la playa tiemblan
con sus coletazos.

Vieran la cara del recluta Dalponte
cuando atrás de una curva asomaron

los acopios de madera
y un gato de ojos verdes, tipo esmoquin,
huyó a nuestro paso redoblado.

Aquella vez pensé:
por aquí no pasan ni las balas,
qué va a pasar entonces la poesía.
Pero me equivoqué.

La guerra es otro género literario

Le mentí a los dioses, acepto el cargo.
Pero hay tanta gente abominable, tanta
que en esa fila interminable de bestias
puestas a dirigir nuestras cabezas
no se fijarán en mí por desafiar
como un niño algunas reglas.

Me declaro culpable, aunque reclamo
un pequeño crédito por el tiempo
que me hicieron perder con esta guerra.

La única guerra que yo inicié
fue un forcejeo vanidoso con la memoria.
Lo siento.
No me conforman los recuerdos y pienso
mentir las veces que sea necesario
para corregir esa derrota.
Y corregir también, hacia atrás,
las enfermedades del cuerpo,
el olor a moho, la ropa, la oscuridad,
esa casa vieja donde pasé la infancia,
el miedo, los tambores de lata que arrojaban
sobre el techo
en mitad de las tormentas.

Los dioses no harán nada en mi contra.
Son muchos, andan ocupados,
ellos también están en guerra.

No sé si alguna vez le mentí a ella.
Pero ella no es un personaje
y no está aquí.

La guerra es otro género literario:
siempre se trata de mentir.

Es tiempo de exhumar algunas cosas

El desenterrador conserva una figura
delgada a pesar de los años.
Sale bien en las fotos porque lleva
un sol detrás de su espalda
y toda la cara en sombras.

En este cementerio siempre es verano.
Aire y polvo y luz y viento
como un mar evaporado.

Para las vidas que regresan al sol,
vistas desde abajo hacia arriba,
las cosas quedan dispuestas
en este orden: la tierra baldía,
un cofre con el desorden social,
las bases de los muros recortados
contra el aire del mundo,
el pasto seco del horizonte que amenaza
con tapar el silencio y cada tanto
se incendia cuando por ahí corre el diablo,
el sombrero del desenterrador
y más arriba
la nada.

La verdad los hará tristes

Mientras todos ven el cielo de una guerra,
como si vieran el cielo de una ciudad,
alguien está llorando
en un idioma que no comprenden.

El cielo de una guerra con el cielo de la ciudad
difieren en el ajuste de grises.

Todos reconocen que el mundo
es demasiado amplio.

Esas personas y esos lugares,
los viajes largos, una luna enrojecida,
los libros de la buena memoria.

Los perros, la amistad entre las razas,
el color azafrán que tenía la piel
de mi padre cuando trabajaba al sol.

Todo, según se mire, es verdad.

Los que supieron volar después de muertos
y ahora ven las chispas del planeta
que nacen y mueren
coinciden en un solo adjetivo:
desolador.

Retorno

La primera vez que regresé
me quedé mirando el pueblo desde afuera,
casi de lejos, en la loma.

Pero el pueblo, todo junto,
se dio vuelta y me sostuvo la mirada.

Lo miré como se mira un abismo.

Y el abismo tenía esas bocas diciéndome:
¿Por qué te fuiste
si acá podías alcanzar tus sueños?
¿Cuánto pesaba el cajón de tu madre?
¿Qué estás leyendo ahora?
Tu tía tiene Alzheimer.
Vas a ver la cantidad de casas
que hicieron en tu ausencia.
¿Los políticos allá también mienten?

La primera vez que regresé
me quedé mirando el pueblo desde afuera
y no supe contestar a nada.
A nada.

Orden cerrado

A orillas del río Negro me dijeron
traidor a la patria.
A la patria no,
solo anduve en esos fondos de la noche
donde hay luces rojas y pequeñas.
O acaso el país no llega
hasta el borde de los campamentos,
hasta esos cuerpos
que aparecen al encender un fósforo.

Cualquier cosa menos traidor.
Tenía solamente una radio, una linterna,
y dormí sin permiso bajo un árbol
en la zona verde del país.

Traidor a los sueños tampoco.
Y eso que soñé con las manos oxidadas
de mi madre aferrando un arma.

Le digo más, la patria estaba llena
de mujeres que ni luz en los ojos tenían,
que ni frente, ni perfil,
y había que darles unos tragos
para que no se volvieran fantasmas.
¿O no?

No hay dudas

¿Viste un cadáver alguna vez?
Yo sí.
No se parece a la persona que conocías.
O se parece, pero muy poco.

La poesía, cuando está,
se manifiesta.

Otra espera

Yo la conocí
mientras ella esperaba un río.

El río va a pasar.
Viene con la fuerza de un hambriento
y por ahora
todos lo esperamos.

Ya salió, dicen, viene de prisa
como si bajara de una montaña
y tratara de subir a otra.
Se lleva como siempre los dolores
que deforman las palabras.

El río ya salió.
Se dirige al mar para cruzarlo
y emerger desnudo en la otra orilla.

Yo la conocí mientras esperaba un río
y los demonios se peleaban por ella.

Pero el tiempo es un lugar
al que no se puede regresar.

Otro déjà vu

Pidió que sostuvieran su cabeza
rota por un balazo.
Pidió caminar encima de estas colinas
que parecen bolsas aplastadas.
Un poco de agua, porque se moría de sed,
pidió luces
de las que bajan del cielo.
Que la sangre no corra.
Que los barcos no lleguen.

¿Cuándo dejarán de llegar los barcos?
¿Cuándo los ríos se harán más
y más gelatinosos?

Pidió sal, tenía sed.
Estaba confundido.
Apenas había una cruz de alambre
que alguna vez fue un colgador de ropa,
un viejo bote inservible entre las piedras,
dos frascos sucios y vacíos,
una botella de vino agrio,
el mismo sol rechoncho.

Pidió tres manos,
necesitaba una en su cabeza.

Estaba confundido.
Pidió un nombre nuevo para su cuerpo.
La respuesta aún no llega.

La respuesta murió en esta ladera.
No llega como los barcos
o tal vez se hundió y nadie lo sabe.

La estupidez

¿Alguna vez pensaste que la muerte
podría llamarse estupidez de la muerte?

¿Que los machos y las hembras
son prácticamente iguales?

¿Que para que no te maten los poderosos
hay que servirlos,
como algunos animales pobres?

¿Alguna vez pensaste que la muerte
podría llamarse estupidez de la muerte?

Vi a una mariposa que lleva
tatuada en la espalda,
en sus alas cerradas, digo,
la imagen de una cara amenazante,
la de un animal poderoso.

Con las alas abiertas, ella
me enseñó los dientes
y no supe qué decir.

Te podría devorar, dijo,
con la espalda cerrada,
y el calcio de mis huesos lo entendió.

Las alas iguales, simétricas.

Mentira.

Otra noche en la guerra

¿Te imaginaste alguna vez sobrevolado,
caído en las manos del viento?
Y el horizonte, ¿viste ese alambre
que rodea la distancia cortado en dos
porque justo vas pasando?

¿Imaginaste un avión con el nombre
de tu hija escrito en un misil?
¿Tu hembra amarrada en la cama de bronce?

¿Imaginaste la noche
cuando te sacaron los ojos?
¿Le rezaste últimamente a un perro?
¿Te curó las heridas?
¿Desenterró un par milagros mientras
buscabas algo de comer?

¿Te imaginaste una noche en la guerra
después que alguien firmó, después
que alguien rompió ese pacto?

Sonidos

Conocí a un veterano alemán
que dijo haber combatido en Rusia.
Había un frío muy difícil de entender
al final de la batalla, me contó,
y quedamos tan solo dos hombres vivos:
el Papa Ratzinger y yo.

No supe si creer, pero el hombre
guardaba una foto amarillenta
donde se veía
un grupo de soldados de la Wehrmacht
borrosos bajo la luz polvorienta.

Mire: este es el Papa, este soy yo.
Pero los soldados eran todos iguales.

Si acerca un oído a esa foto se oye
el tableteo de una metralla.
Guárdela, ya no la quiero.
Y me vino a la mente una secuencia
como de rock industrial.
Qué bien, pensé que esto no me haría llorar
y de súbito recordé unos chicos
que cambiaron la historia.

No puedo olvidar que fui un niño
de los que huyen del mundo en bicicleta.
Mi hermana trabajaba y me había comprado
una radio japonesa, grande como un alfajor.
Por ahí cantaban los enemigos y yo
pedaleaba enamorado contra el viento.
Desde entonces, todas las sombras
me siguen con dificultad.

Yo les juré algo que no recuerdo bien.
Pero siempre lo cumplo.

Faena

Levantamos la tienda de campaña
y el teniente se molestó: debimos
enterrar las estacas en la tierra
y no en la luz.
Por qué no se deciden, gritó.

Mientras hacíamos ese trabajo,
el soldado Quiroga se acordó
de un sobrino
que tenía los ojitos preciosos.
Creo que voy a llorar, dijo.
Y lloró.

Entonces arrancamos las estacas
hundidas en la luz y las metimos
en el barro.

Quiroga se reía
porque las estrellas negras que dejamos salir
le vaciaron los ojos al teniente,
que murmuró: está mejor, soldados,
bien hecho.

Río de letras

Marchan las palabras
como hormigas de la muerte
una detrás de la otra
alineadas por el tiempo.

Una tropa que no piensa,
una fila de alumnos sometida
a las órdenes de la gramática.

Las palabras avanzan
y forman ríos de soldados.
Acá van los que tienen una vida escrita.

Uno detrás del otro,
una hilera de hormigas
que no frena su marcha para soñar,
para ordenar el caos,
para discutir si los incorpóreos
viven en las cosas o en los movimientos.

Usualmente, los soldados
eligen creer en su destino.

Acá vamos.
Un río de letras busca la palabra Fin.

Corre por tu vida

Caí dormido en un poema eterno
que buscaba decir algo del tiempo.
En los sueños se viaja sumergido:
una mitad del cuerpo flota en la verdad,
la mitad libre sube por los ríos.

Ríos que regresan, buscan el origen.
Es duro avanzar contra corriente
con los pies metidos en el barro,
cualquier dolor de la memoria
es un ladrón que nos alcanza.

Para arreglar un reloj
hay que detener el mundo, dicen,
y es más difícil de lo que se cree
porque agigantan el valor del tiempo.

En un mortal como yo, caben
por lo menos dos inocentes:
el que se queda dormido en un poema eterno
y el otro, esforzándose por remontar el río
hasta que uno de los dos, como el reloj,
se detiene.

Idea

Tengo una idea simple
como un cuchillo.
Un cuchillo para escribir poesía.

Los poemas son para siempre,
como la sensación de eternidad.

Qué cansancio deben sentir los eternos
y qué dolor cuando la línea de la suerte
los apuñala por la espalda.
Pero siguen.

De la memoria, brota
un río de ladrones hasta vaciarla
y la sangre forma una corriente.

Una corriente pequeña
que también los abandona.

Prédica

Veamos, amigo, qué te parece
si damos vuelta un poco todo esto.
Las cosas están bastante jodidas,
se lee poca literatura, los amores
de los chicos no duran casi nada,
se pierden, se confunden con el aire.

La muerte nos llama todos los días
y lo peor: es tan espectacular.
¿Has visto las guerras últimamente?

Tal vez haya que pensar todo al revés.
Y decir "tal vez" ya no parece una fe,
¿cierto?
Por ejemplo, que los muebles
se conviertan en árboles,
la ironía en una confesión voluntaria
y los bombardeos sobre esos bombardeados
en un padrón eterno de personas
débiles pero justas.

A esto de la sequía y el calor, amigo,
lo podríamos resolver con algo
de lluvia tradicional.

¿Qué te parece? Todo al revés
menos la muerte.
Decirles que sí a toda
esa legión de virtuosos,
decirles que depuren el destino,
que los sorprenda como en una película
de guerra: preparados y muy tristes.

Aunque no sé.
Todavía tengo bastante fuego.

La decisión de escribir un libro

Para unos eran cuchillos extraños.
El teniente y yo
sabíamos que eran bayonetas.

Servían para todo: matar, hacer
la comida, afilar una estaca.
Si los calentabas al sol
derretían la manteca
y puesto su metal en los oídos
aliviaban los dolores del viento.

Después de mucho tiempo,
tomé la decisión de escribir un libro
que se titule "Compás de espera"
con uno de esos cuchillos.

Pero enseguida vino la muerte
a querer dictarme.
Usted, pensé,
porque yo la trato de usted,
ha perdido la fe en mí.
No imagina que se pueda escribir
un buen libro con este cuchillo.

Claro, no se puede escribir muy bien
con eso, piensan algunos,
no creo, no creo, discuten de política
y buscan el origen de su apellido en la red
con los días contados para ejercer su rencor,
mientras el cuchillo extraño sigue
dando vueltas y vueltas en la esfera del reloj
que ya dejó un tajo asqueroso
en una cara de la luna.

Usted, me dijo una mañana,
porque ella también me trata de usted,
si quiere escribir con un cuchillo
debería saber la diferencia
entre el vacío y la nada.

Era una mañana cualquiera.
Había luz, miedo, ambición,
olor a pasto mojado,
pájaros gritándose de un árbol a otro,
porque el odio nos tiene sordos a todos.

¿Será la diferencia entre no ser y no estar?

¿Será la diferencia entre matar y que te maten?

Frente al mar

Ante esos ojos tuyos
que con otras vigilias
forman este mar gelatinoso que me ahoga,
mi corazón se endurece y cae
como cae una manzana hasta el fondo
de la humanidad.

Ahí se queda.
Es un oído triste que nunca más te oirá.
Un fósil calcáreo.
Se irá cubriendo de arena,
rojo, desnudo, ciego.

Si algún día lo encuentran
como al soldado Rodríguez
que todavía fuma
a cuatro mil metros de profundidad,
lo siento, no tendrá valor
y lo arrojarán de nuevo al mar.

Ante esos ojos tuyos,
como los de un búho,
en este mar gelatinoso que me ahoga,
no habrá ningún motivo,
ninguna razón para descubrirlo.

Obligaciones

Tengo más compromisos con los vivos
que con los muertos.

Voy haciendo equilibrio en esa línea
del tiempo que no tiene red.
No, no busco metáforas con viento ahora.
No quiero pensar que de este lugar
se sale por arriba.

Mi maestro,
que se fue del universo y regresó,
me dijo que desde lejos parecía un diamante.

Tengo dos fémures, cabello, sangre,
asegura la ciencia,
unos órganos básicos para reconocer
lo que está pasando ahí afuera
y me manejo bien en el presente continuo,
que no es cualquier idea del tiempo.

Saben que soy distraído,
no reclamen tanto así.

Mi perra Lucy también se fue del universo
y lo ladró desde lejos
porque brillaba como los demonios.

Tengo muchos compromisos
y de a poco voy cumpliendo.
¿Por qué tanta desconfianza?

Los muertos pueden esperar.
Ustedes no saben lo que eso significa.

III

Disparo en la sien

Río de hormigas

A ver qué piensan aquellos
que aman y piensan.

Estoy amarrado a cuatro estacas.
El cuerpo es mío, es una equis,
una cruz de Borgoña.
Es mío.

Un río de hormigas lo atraviesa
como si fuera un campo helado bajo el rocío.
Lo cruza como estas palabras
que la memoria elige con tanto trabajo.

Las hormigas llevan prisa.
Nunca se detienen porque buscan
la palabra Fin, que no existe.

Son las siete de la mañana.
La claridad empieza a rozarme
y se detiene justo en el blanco del ojo.
Llega un soldado piadoso, me tapa
con una lona húmeda.

El teniente sabe que no desertamos.
Sabe que vimos luces rojas y pequeñas

allá a lo lejos, esa noche, desde las carpas,
y fuimos como van las polillas a los focos de vidrio
a comprobar si todavía existe vida
en otros planetas.
Sabe que estoy demasiado cerca
del niño que fui.
Oiga, le digo, no puedo más.
Desertar en tiempos de guerra
se castiga con fusilamiento, dice
y me regala otra patada en las costillas.

Las luces, que parecían cercanas,
estaban colgadas del horizonte.
Hice guardia aquella noche.
¡Ahora!, susurré, pero solamente
dos angustiados sacaron la cabeza.
No llegábamos nunca.

En la curva nos cegó un jeep con oficiales
borrachos que volvían del pueblo.
Manos a la nuca, traidores de mierda.

Calabozo de campaña, le dicen.
El cuerpo forma una equis, una cruz,
amarrado de pies y manos a las estacas.
El cielo pasa desde el gris al blanco
hasta abandonar su color completamente.
Un río de hormigas desfila por mi rostro
y se lleva de a poco el color de mis sueños.

El roce del sol alzándose contra el aire frío
hace un ruido de papeles quemados.

La espera nunca termina.
La espera seguirá para siempre.

Y llega la contraorden:
suelten a los pendejos,
que ayuden a cargar los camiones.

Todos ovacionan la derrota.

Todos buscan la palabra Fin.

Formas de identificar

No es posible instalar una placa en el mar,
ni siquiera una boya que diga:
“soldado únicamente conocido por Dios”.
Están en una tumba que tiene
cuatro mil metros de profundidad.

Rodríguez no entiende lo que pasa,
sigue con su vida de soldado en el abismo.
Fuma unos petardos negros, marca Particulares,
y los tiene cansados a todos con ese olor.

Son cientos.
A Rodríguez no le gusta el nombre del buque,
dice que trae mala suerte.

En fin, ventajas de algunos muertos
que todavía viven: no sienten frío, nunca
se quedan sin tabaco y fuman sumergidos.
Por el humo sobre el agua,
todos sabemos que el barco sigue allí.

Esta mañana se escuchó un disparo.

Un muchacho de la guardia, allá abajo,
no aguantó más la presión.

Tan simple

No le tengo miedo a esa muerte.
Si acaso llegara a ser tan fría
como la Patagonia,
estoy decidido a no sentir nada.

Recuerdo a la vera del camino
una fila interminable de pinos jóvenes
estirándose bajo la lluvia
con la idea simple de crecer,
sin el peso moral de pelear en una guerra
o despertar unas islas dormidas.

Puede que sea blanca, gris, callada,
como la mano que firmó un pacto
para eludir su destino.

Callada y gris como este lugar
de la Patagonia
donde los árboles que vuelan alto
ya no se quieren posar.

En estos desfiladeros cerrados
cada vez me cuesta más
pensar en las ideas simples

como crecer bajo la lluvia,
despertar unas manchas en el mapa
y desaparecer bajo los mares helados.

La muerte va pasando

Supe que volaba muy bajo a esa hora
y por eso me llamaron.
Dijo una voz: cuidado, que la muerte
va pasando a la altura de tu cabeza.

Qué día tan difícil.
Se me extravió la sombra en la nieve
justo cuando empezaba el temporal
y por las dudas me escondí.
¿Y si no para?
¿Y si no para de nevar?
¿Y si no para nunca más?

Que me sorprenda la eternidad.
Si la tipa va a mirarme así, de golpe,
que nadie me avise.

Cuando venga la muerte volando
tal vez me quede dormido
en un sueño blanco,
aunque dormido trate de espantarla.

Sería un acto reflejo.

Un poema cortado

Este es un poema cortado con cuchillos,
el sol de los inocentes espera,
la canción que se imaginan es otra.

No se puede decir esto de forma sencilla:
hubiera querido ser yo mismo
en otro momento, en otro lugar,
con otra edad y con otro nombre,
es decir: otro
y quedarme para siempre
con un tajo en la ilusión.
Haber entendido qué significa la suerte,
nacer en una calle empedrada,
llevar muchas cicatrices de guerra.

Cielo era aquello que vi cuando los ojos
de mi madre apuntaban al cielo.
Y todo lo demás cuando ella los bajaba.

No llevo otra cosa que retazos, luces
que me cuesta distinguir:
podrían ser relámpagos o balas
trazadoras de mi fusil torcido
que disparaba hacia cualquier parte.

Los versos cortados a cuchillo, sangran
cuando el filo está oxidado.
Un alivio extraño y desprolijo los condena
a morir tranquilos y que se puedan olvidar.

Me enseñaron a odiar países,
pero no aprendí.
Vine aquí, dejé todos mis ojos.
Había tantos endecasílabos
que me puse a pensar en la muerte
como una sucesión de gente que pasaba
danzando a mi alrededor.
Así era la vida vista por los poetas
mientras la realidad estaba en otra parte,
tenía hoyos, asperezas, como la luna
que iluminó al crucero Belgrano
hasta que se hundió.

La sombra de los cipreses retuvo la noche
todo el día al costado de una playa.
A estos países les traje un amor
No sangré, no desangré.

En un poema apenas cortado
los versos mienten, esperan
que un sentido más profundo
los ponga a bailar.

Este es un poema cortado con cuchillos,
el sol de los inocentes espera,
la canción que se imaginan es otra.

Presente continuo

Mi hermano perro ensayaba
la serenidad de un dios.
Sostenía la mirada
hasta hacerme pestañear y un día
me enseñó a detener el tiempo.

Ahora viajo en la ventana de un tren
hasta quedar inmóvil,
mientras veo la vida que corre hacia atrás.

Nos llevan a la guerra.
Hay mucha gente en las estaciones
agitando banderas desteñidas.

Esa gente quedó atrás,
el pasado ya no existe.

La guerra nos espera,
el futuro aún no existe.

Esto es nada más que el presente,
donde todo se detiene
aunque solo sea por un instante.

Otra forma de piedad

Vi rezar a un soldado en las piedras
que mordían el paisaje.

Estábamos bebiendo una tormenta
que bajaba después de esos golpes
como de madera sobre barriles
que se oían en todo el valle.

Alguien sostuvo su cabeza, el tren
impetuoso pasó muy cerca y trepanó
el cerro como si fuera un gusano.

Junto al campamento, una canasta
atenuaba el rumor de la lluvia.

Nadie se dio cuenta: el pan
se estaba deshaciendo.

Las cosas que se juntan en el suelo

El mundo es un basural, solo basta
mirar hacia abajo.
Yo junto las colillas de cigarros,
dijo el soldado Rodríguez, y me las fumo.
Qué asco, cómo puede
fumarse los restos de otras bocas.
Otros recogen casquillos de balas,
cachorros abandonados,
botellas plásticas en la arena
con la ilusión de salvar al pobre mar.

Los restos humanos, sucios,
adulterados, de la gente odiosa
suben a la estratosfera como si fueran
columnas de humo del destructor Sheffield
alcanzado por un misil,
y traen a cambio
unos diablos menores del espacio,
que tal vez no hagan tantos estragos
y se reproduzcan menos.

Yo buscaba pedazos de tiempo en el suelo,
retazos perdidos que de tan blancos
son invisibles
y nos hacen mucha falta.

Unos juntaban piedras de colores
para lavarlas en el río
y se veían hermosas,
como las mujeres descalzas bajo la lluvia.
Pero una vez que las secaban al sol
y perdían su brillo
las volvían a arrojar, decepcionados.

Para armar una historia con restos de tiempo
es necesario distinguir un rostro
blanco sobre la nieve.

Antes que se ensucie.

Antes que la luz se pudra.

Intérprete

En realidad estoy bien.
Me siento bastante bien.

No debo derribar una muralla
ni vencer a los ingleses.
Estoy bien así.

Hay un camino de migas
que siempre me está guiando.
Ojalá fuera un sendero de luces,
dicen los lúcidos.
Ojalá.

En realidad mi nombre es Daniel,
no David,
y me siento bastante bien.

Goliat medía más de tres metros.
Pero me llamo Daniel
y lo que mejor hago es interpretar sueños.

Tintura

Ellos escriben y se matan
a sí mismos.

Con estos cuchillos, se necesita
el ritmo de los ríos que bajan a los saltos
Hay que saber cortarse en pedazos,
sangrar como los cerros,
sangrar como sangraron las violetas
que degollé hasta enamorarte,
llegar a los abismos
con una hoja de acero.

Me llamo Daniel y mis muertos están
acompañándome, igual que siempre.
Veo que usted aún sigue en mi casa.

Yo sé lo que mi nombre significa.

No será usted la que me juzgue.

No quiero recordar esto

Las cruces de metal alzaron su peor vuelo.
Vimos cómo pasaban en formación
lastimándose con el aire seco.

Despegaron de un barco, se aprestan
a soltar sus cargas y se dispersan
como fantasmas en la Patagonia.

Las cruces pesadas se quedaron en el suelo.
Nosotros no somos violentos,
un caído también parece una cruz.

Solo juntamos pedazos de tiempo,
nos alumbran los cigarrillos y así,
de a poco, estamos armando una historia.

Pido detenerme en el centro del olvido,
no quiero recordar esto.
Nosotros no somos violentos.

Cruces de metal que se doblaban en las curvas,
cruces blandas y pesadas,
fantasmas helados en la Patagonia.
No quiero recordar esto.

Algunas observaciones del tedio

Soldamos los días, unos con otros,
una cadena en compás de espera.
Eran todos los días iguales.

Un grillo se acerca a otro insecto
de su mismo tamaño
y lo ataca por sorpresa.
Es un escarabajo panza arriba.

Rápidamente le devora sus partes blandas
mientras el otro agita las patas
como si nadara en el vacío.
No conocía tal ferocidad en los grillos.

Percibo esa tensión, el asco, el odio,
el brillo en la mirada del que mata,
los ojos del caído que se apagan.

A la naturaleza le gusta la repetición.
Ya lo ven en los cabellos, los dedos,
las hojas de los árboles, las algas,
la costa, el deseo recurrente,
los desfiles de hormigas incontables
y toda esa gente que desborda las playas.

Eran todos los días iguales,
una cadena en compás de espera.

Nadie

En el cementerio no hay nadie

Hay un pasado remoto
(hipotético y remoto).

Bajo una sombra dura
(cerrada y dura).

Y un camino cercano al mar
que cada día se hace más oscuro.

Hay un río de ladrones
(de escapistas y ladrones).

Y un río de cuchillos
(de sombras y cuchillos).

En el cementerio no hay nadie.

Cada lugar tiene su gato negro
(blanco y negro).

¿Qué clase de muerte
vendrá a buscarme esta vez?

Una libra de carne

Creía en el derecho a mi debilidad,
en la inocencia de los animales
y en algunas personas.

Pensaba en los muertos
deshaciéndose como el pan bajo la lluvia,
la memoria de la lengua derretida
en la boca
que casi no nos deja hablar.

Ollas de aluminio que suenan y parecen
cascos atravesados a balazos
mientras, mi madre cocina y escucha
las radios del Uruguay,
que están diciendo la verdad.

El mate recalentado, las manos
granates, invernales, enemigas, frías.

Yo tenía precio, madre:
mi peso en aluminio,
algo débil de nobleza.

Me habían puesto un precio bajo
y ni siquiera lo sabía.

Un estrabismo leve

Un estrabismo leve,
apenas perceptible,
siempre ha vuelto locos a los hombres.

¿Cierto, Lisa Gherardini?

¿Cierto, Marilyn Monroe?

Ese estrabismo leve
en la cara del muchacho,
esta vez era la vida
que abandonaba sus ojos.

Seres alados

Una mosca negra, pesada
como los aviones Hércules que llevan tropas
y vuelan muy lento
sobre las rocas de la Patagonia,
que todavía se mantiene en paz.
Una mosca negra, con sus patas repugnantes,
sus ojos llenos de ojos,
vino a posarse sobre la foto de ella.

Pensaban llevarnos a la trinchera más sucia
y se cortó el puente aéreo.
Un metro de nieve lo impidió, tal vez
para sacarnos de la metáfora.

Una mosca vieja, enorme,
con sus ojos poligonales, llenos,
vacíos, inmóviles,
vino a pedirme la palabra Fin.

Aterrizó con un zumbido de motor fatigado.
Llevaría unos veinte días volando,
quizás era la misma que envió Zeus
a molestar a su caballo alado.

Apenas pudo moverse,
frotó sus patas peludas
provocándome.
Vio mi rostro de soldado repetido con furia
cientos de veces en sus ocelos
y luego el desprecio
su falta de reflejos
un golpe seco,
la muerte.

Desorden y derrota

Y dirán que la muerte no existe.
Eso está muy bien y me he visto
obligado a no creer en ella.

Muerte y derrota no siempre son lo mismo.
Mi propia sombra se ríe por detrás
y cuando me doy vuelta se esconde.

Derrota fue la del demonio en el desierto,
gigante, minúscula,
casi una derrota como cualquiera.

Este es un libro que no termina.
La vida no alcanza con una sola vida.

De pronto, estalla en la memoria
un viejo rock:
compulsión, no, nunca me abandones,
y mis manos empuñan con el arma
una guitarra imaginaria.

Hay gargantas rojas que desafilan cuchillos,
balas que no se mojan con la lluvia.

Los números vencieron a las letras,
podría decir un maldito que tiene razón
y soporta las decisiones ajenas.

El equilibrio de las discusiones
enseña que no es bueno callarse
porque te salen raíces.
No hay felicidad en los sustantivos,
tal vez en los adjetivos o en algún verbo:
en la acción y sus detalles.

Nunca supe qué clase de verbo era esperar.

En medio de todo esto, yo amaba
un amor en blanco y negro,
como aman los que no tienen tiempo,
que golpean en las puertas abiertas
para que se las cierren en la cara.

Y la palabra Fin no aparece,
por más que el cielo de la Patagonia,
con su cuchillo de nieve, me hizo
este tajo brutal en la ceguera.

Soy indisoluble de ese tiempo
y llevaría siempre el recuerdo,
pero pesa mucho más que los dioses.
Por eso cargo dioses del olvido
a mis espaldas.

Quiroga no volvió.
Tenía la voz muy gruesa, un cuerpo enorme.

Cierta noche, en una carpa sucia,
lo encontraron abrazado con Pisani.
Los arrestaron a cada uno en un jeep,
para después enviarlos al frente.
Pisani, que empuñaba el relato de la especie,
sintió que se podía morir tranquilo.
Escribía poesía y guardaba fotos
de hombres bellos.
Juraba que la poesía
había declarado inexistente al arte.

Dirán que tampoco existe la muerte.
Eso está muy bien y me he visto
obligado a no creer en ella.

Pero mejor me voy a fumar,
como el soldado Rodríguez que sale
a tomar aire cuando habla de creer.

Solamente un último deseo:
no hablen de triunfos ni hablen
de derrotas.

Este es un libro que no termina.

La vida no alcanza con una sola vida.

Índice

Compás de espera

Nota 9

Proemio

Río de cuchillos 11

I Herramientas de búsqueda

Un metro de nieve 17
El blanco 19
Algoritmo recursivo 21
Río de ladrones 23
El tipo deshidratado 24
Tierra menguante 25
Cuenta regresiva 27
Ladridos 28
Allá a lo lejos 30
Cualquiera te desconoce en una calle oscura 33
Profundo y espurio 35
Los números de la suerte 36
Paisaje sumergido 38
Río de sombras 40
Los dos horizontes 42
Mi derecho a deambular 43
Mutación 45
Espera de abril 47
La tropa 48
Visita 49

II Impracticable

Allá en lo alto 53
Anticipación y recuerdo 56
La guerra es otro género literario 58
Es tiempo de exhumar algunas cosas 60
La verdad los hará tristes 61
Retorno 62
Orden cerrado 63
No hay dudas 64
Otra espera 65
Otro déjà vu 66
La estupidez 68
Otra noche en la guerra 70
Sonidos 71
Faena 73
Río de letras 74
Corre por tu vida 75
Idea 76
Prédica 77
Frente al mar 81
Obligaciones 82

III Disparo en la sien

Río de hormigas 87
Formas de identificar 90
Tan simple 91
La muerte va pasando 93
Un poema cortado 94
Presente continuo 96
Otra forma de piedad 97

Las cosas que se juntan en el suelo 98
Intérprete 100
Tintura 101
No quiero recordar esto 102
Algunas observaciones del tedio 103
Nadie 105
Una libra de carne 106
Un estrabismo leve 107
Seres alados 108
Desorden y derrota 110
Índice 113

Compás de espera
de
Daniel Calabrese
se terminó de imprimir
en
Febrero de 2022
Córdoba - Argentina